

## «Sobre los conceptos de *héroe* y *antihéroe* en la Teoría de la Literatura»

1. Las ciencias y, en general, los saberes más prestigiosos han llegado a serlo en gran medida gracias a un ímprobo esfuerzo de conceptualización acompañado subsiguientemente del uso de metalenguajes rigurosos y capaces de brindar altos índices de decidibilidad para las proposiciones que se deriven de las teorías. Pues bien, una de las causas esenciales de que los estudios literarios se encuentren perennemente en estado precientífico es que descansan en conceptos imprecisamente definidos en el mejor de los casos y totalmente intuitivos la mayoría de las veces.

No pretendemos decir con lo que precede que un sistema de categorías riguroso vaya a convertir instantáneamente a la Teoría de la Literatura en una segunda Física. La tan proclamada complejidad, a veces declarada inanalizable, infable, etc., de los fenómenos relacionados con la producción y recepción de los textos literarios es, a nuestro entender, no mera «complejidad» sino sobre todo «heterogeneidad», ausencia de un principio de pertinencia. Por ello nada de extraño tiene que hasta la fecha haya sido imposible fundamentar una ciencia de los fenómenos literarios, pero no porque dichos fenómenos sean en su propia esencia inaccesibles al estudio racional, disciplinado y riguroso que caracteriza a las ciencias en sentido fuerte sino más bien porque el aspirante a científico en este campo no ha conseguido aún aclarar sus ideas.

La Teoría de la Literatura necesita por tanto bastante más que un sistema de categorías riguroso para constituirse como teoría científica, necesita una dosis masiva de reflexión global que sólo un esfuerzo gigantesco de un equipo de pensadores cualificados podrá tal vez ofrecerle. No obstante, es evidente que ese tipo de reflexión no se producirá a menos que el campo de los estudios literarios cuente con un sistema de categorías bien definidas. Sin esa exigencia mínima resulta imposible plantear no ya las cuestiones de carácter teórico sino ni tan siquiera las que emergen de análisis de obras literarias específicas. De ahí que nos haya tentado la posibilidad de contribuir modestísimamente a la tarea común precisando un poco aunque sólo sea uno, o tal vez un par, de los conceptos fundamentales de la Teoría de la Literatura <sup>1</sup>.

2. Las acusadas imprecisiones que se producen constantemente en el uso técnico de términos como *héroe* y *antihéroe* son sólo un caso particular, muy claro además, de lo que señalamos como estado general de los estudios literarios. En general, y el contenido de las Actas del V Congreso de AE-DEAN, dedicado precisamente a ese tema, es prueba bien reciente de ello, los críticos o bien no reparan en la abundante polisemia que términos como *héroe* y *antihéroe* encierran y les asignan un significado único que asumen es de común aceptación por parte de la comunidad de críticos, escritores y lectores, o bien perciben su ambigüedad pero en cualquier caso no creen que el asunto justifique un análisis cuidadoso. Se da por supuesto, parece, que las lenguas son naturalmente ambiguas y que los significados que convenga asociar a esos, como a cualesquiera otros, términos serán los que fije el Diccionario.

Tal actitud de confianza en el lenguaje corresponde a la ilusión de que siempre es posible, en último término, enten-

---

(1) El presente trabajo es una revisión, con muchas adiciones y ampliaciones, de otro titulado «Análisis Sociológico del Concepto de Héroe» originariamente concebido como aportación al V Congreso de AEDEAN (Oviedo, Diciembre de 1981), cuyo tema monográfico era «Héroes y Antihéroes en la Literatura Inglesa». Sin embargo, por su tamaño, no fue posible incluirlo en las Actas (*Héroe y Antihéroe en la Literatura Inglesa*, Editorial Alhambra, 1983). Conste, pues, nuestro agradecimiento a Archivum por haber adoptado al desamparado huérfano.

derse por medio de él, lo cual, qué duda cabe, es una creencia conveniente desde el punto de vista de la comunicación cotidiana, pero también es el modo más seguro de «no entenderse» cuando de lo que se trata es de construir teorías y explicaciones científicas como las que, mantenemos nosotros, debe ofrecernos la Teoría de la Literatura a la que aspiramos. La razón es que tal actitud equivale a asumir, cosa impensable en cualquier ciencia seria, que una teoría científica puede extraer sus categorías directamente del uso lingüístico cotidiano, en vez de «construirlas» laboriosamente mediante la reflexión y la experimentación<sup>2</sup>.

Ni que decir tiene que tales categorías de uso cotidiano son pre-teóricas por definición y en consecuencia no pueden ser precisas a menos que se las someta a un proceso de depuración, aunque sólo sea porque sus significaciones, tal como vienen codificadas en el Diccionario, son múltiples. De ahí que en algunos de los trabajos presentados al citado Congreso<sup>3</sup> se opte, sin que ello conduzca en ningún caso a un verdadero análisis del problema, por una u otra de las acepciones. Ello ya prueba que las categorías en cuestión no son en modo alguno todo lo unívocas que sería de desear. Sin embargo, como veremos, la polisemia que registra el Diccionario no es más que una de las dificultades, y en absoluto la más seria, que el uso de términos de uso corriente como categorías del análisis literario entraña, pero, como hemos de empezar por aquellos hechos sobre los que hay un mínimo de consenso, tomémosla aunque sólo sea como punto de partida en nuestro análisis.

3. En el Diccionario de la Real Academia el término *héroe* recibe no menos de cinco acepciones<sup>4</sup>:

---

(2) Es cierto que el concepto de héroe, o más bien el personaje heroico, ha sido analizado con gran cuidado y desde numerosas perspectivas por investigadores como J. Campbell, E. R. Curtius, N. Frye, G. Lukacs, A. Hauser, L. Goldmann, J. Villegas o F. Savater (véase Bibliografía), pero ello no ha repercutido en modo alguno en el uso del concepto por parte de muchos críticos, que sigue siendo sumamente impreciso.

(3) Véase, por ej., Bernd Dietz, «Una tentativa épica en la poesía de C. Day Lewis», p. 151, S. Onega, «Un prototipo de antihéroe isabelino: los españoles de la segunda mitad del siglo XVI», p. 249, o E. García, «La dimensión grotesca de los héroes de Faulkner en *The Snopes Trilogy*», p. 414.

(4) Que, por cierto, coinciden literalmente con las del *Oxford English Dictionary*.

- 1) «Entre los antiguos griegos, el que creían nacido de un dios o de una diosa y una persona humana, por lo cual lo reputaban más que hombre y menos que dios...»
- 2) «Varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes».
- 3) «El que lleva a cabo una acción heroica».
- 4) «Personaje principal de todo poema en el que se representa una acción, y del épico especialmente».
- 5) «Cualquiera de los personajes de carácter elevado en la epopeya».

En consecuencia, para empezar a entendernos habríamos de precisar al menos en cuál de esas acepciones hemos de entender el término *héroe* (y su antónimo, lógicamente). La primera de ellas viene nada menos que de Hesíodo, pero corresponde a un uso técnico, limitado prácticamente a los tratados de mitología<sup>5</sup> y en modo alguno general en los estudios literarios, por lo tanto tal vez esa acepción no sea en la práctica causa de ambigüedad desde el punto de vista que nos interesa y podamos ignorarla.

En cuanto a las cuatro restantes pueden clasificarse en dos grupos. El primero de ellos, que incluye las acepciones 2), 3) y 5), muestra un acusado contenido «ético», puesto que es común a todas esas definiciones remitirse a conceptos como «ilustre», «famoso», «hazaña», «virtud», «acción heroica» o «carácter elevado», todos los cuales llevan implícitos juicios de valor<sup>6</sup>.

Al segundo grupo pertenecería la acepción 4), bastante más neutra desde el punto de vista ético, ya que no se refiere a atributos morales positivos sino simplemente a un aspecto fáctico y fácilmente cuantificable de la obra literaria cual es el grado de atención que el autor concede a cada uno de sus personajes y por tanto el papel que acaban desempeñando en

(5) Véase, por ejemplo, J. Humbert, *Mitología Griega y Romana*, Editorial Gustavo Gili, S. A., página 12.

(6) Juan Villegas se refiere en su libro *La Estructura Mítica del Héroe en la Novela del Siglo XX*, Ed. Planeta, 1978, pág. 63, al «clasismo» de las definiciones del DRAE. Sin embargo, sería más propio hablar de «aristocratismo» en el sentido etimológico del término.

ella a los ojos del lector. Si prescindimos de las referencias específicas a la acción épica, que en el contexto de la Literatura del siglo XX suponen una restricción innecesaria, la acepción 4) tal vez es la que mejor coincide con el uso más generalizado en el ámbito de los estudios literarios. En el volumen *Héroe y Antihéroe en la Literatura Inglesa*, tal parece ser la interpretación predominante. Machado de Sousa, por ejemplo, entiende por *héroe*<sup>7</sup>

«...the character whose adventures we... follow and admire...»

pero de su estudio se deduce que el héroe puede ser tal incluso no siendo siquiera un ser humano y se refiere en particular a cierto tipo de mansión que a su entender es protagonista de relatos como los de Walpole, las Brontë o Poe. Más explícito es, no obstante, Bernd Dietz<sup>8</sup>:

«Al menos desde la picaresca es obvio que el antihéroe puede pasar a ocupar el lugar de su antónimo, pues lo que pasa a ser esencial es la idea de protagonista con independencia de su valor, su nobleza o el grado de su parentesco con los dioses».

Este uso estaría motivado por el hecho de que, como dice E. García<sup>9</sup>,

«Ha habido una especie de degradación del concepto de héroe en el sentido de que la heroicidad no se basa hoy en las cualidades intrínsecas del personaje sino en la relevancia circunstancial que gratuitamente le otorga el autor».

Naturalmente lo que lleva a esos y muchos otros críticos a usar la acepción neutra del término *héroe* es la dificultad de conservar un uso consistente del término en su acepción aristocrática tradicional dadas las características de gran parte de la literatura contemporánea. E. García<sup>10</sup>:

---

(7) Véase «A different hero for the Gothic novel», en *Héroe y Antihéroe...*, pág. 4.

(8) Véase referencia en nota 3.

(9) Véase referencia en nota 3.

(10) *Loc. cit.*

«La relativización de los valores característica de nuestra época ha puesto de relieve la complejidad del proceso de motivación y causación de la conciencia y ha desterrado para siempre esas construcciones monolíticas, esas simplificaciones extremas, que eran los héroes literarios».

Otros contribuyentes al Congreso opinan que los héroes tradicionales son inadecuados y que no hay sitio para ellos en la sociedad y en la literatura actuales <sup>11</sup>.

Efectivamente se puede hablar de una «degradación» de los personajes objeto de interés literario en el curso de los últimos dos o tres mil años y Lukacs, Goldmann, Frye, etc., la han estudiado magistralmente <sup>12</sup>, pero la relativización de los valores que se ha seguido de la aparición de sociedades menos autoritarias no es tal que el contenido ético del concepto de *héroe* se haya desdibujado totalmente, como veremos, y una prueba más de ello es precisamente la subsistencia del par *héroe/antihéroe* como categorías del análisis literario.

Suponiendo que aceptásemos los agrupamientos arriba señalados y las pequeñas simplificaciones que conllevan, la polisemia del término *héroe*, en este nivel de análisis meramente «lingüístico», correspondería a la presencia en las acepciones 2), 3) y 5) de rasgos semánticos que informalmente podríamos llamar /+ VALOR POSITIVO/ y /+ GRADO EXCEPCIONAL/, en donde «valor positivo» sería una variable, o un conjunto de variables, a interpretar, frente a su ausencia en la acepción neutra, que en cambio atribuiría de modo esencial al término *héroe* el rasgo semántico de /+ ATENCION PREFERENTE DEL AUTOR Y EN CONSECUENCIA DEL LECTOR/ o algo parecido. Como determinaciones ulteriores de esos núcleos intensionales aparecerían tal vez rasgos asimismo muy abstractos como los de /VIRTUALIDAD/, /CONTROLABILI-

(11) Véase, por ejemplo, M. C. Martín, «La visión del héroe en *The Lord of the Rings* de J. R. R. Tolkien», pág. 220, o bien L. F. Rodríguez, «The artist as antihero: A. Burgess's *The Clockwork Testament*», pág. 307.

(12) Véase G. Lukacs, *Teoría de la Novela*, Edhasa, 1971, L. Goldmann, *Para una Sociología de la Novela*, Ciencia Nueva, 1967, N. Frye, *Anatomy of Criticism*, Princeton U. P., 1957, y por supuesto la *Poética* de Hegel, en la que se inspira Lukacs y en donde ya se encuentra la idea de la novela como «eine bürgerliche Epöe».

DAD/, /VOLUNTARIEDAD/, /SIGNIFICACION MORAL/, etc., en el caso de la acepción ética. No obstante, al producirse en la Literatura moderna y contemporánea circunstancias que progresivamente van excluyendo la interpretación ética del término *héroe* en el uso técnico de los estudiosos de la Literatura, la ambigüedad se habría reducido mucho ya o incluso desaparecido por completo en la actualidad.

Sin embargo las cosas no son tan sencillas, y precisamente debido a que existen aún en el uso técnico, aunque sus relaciones lógicas no puedan ser más confusas para la mayoría de los críticos, *las dos* categorías que antes mencionábamos, i. e., la de *héroe*, pero también la de *antihéroe*. Ello crea una situación problemática para la teoría literaria ya que, o impugna la legitimidad de la acepción neutra de *héroe*, o destruye la oposición *héroe/antihéroe*, como veremos.

Efectivamente, si atendemos meramente a su estructura morfológica, el par es una antítesis y *antihéroe* sólo puede tener el sentido de «la negación del héroe», «lo contrario del héroe», etc. Así, como señala S. Onega<sup>13</sup>, una buena parte de los personajes literarios son antihéroes si por tal entendemos

«...el personaje que encarna valores negativos y cuya función en la obra es sobre todo la de suscitar la repulsa o la mofa del público».

O, como dice Juan Villegas<sup>14</sup>,

«...cuando se habla de 'antihéroes' se intenta acentuar la oposición de este tipo humano con el que servía de protagonista en otros tiempos».

Y en otro lugar<sup>15</sup>,

«Según la perspectiva clásica, el antihéroe era el personaje que poseía las características antitéticas a las que hemos recordado para el héroe».

---

(13) Véase referencia en nota 3.

(14) Op. cit., pág. 62.

(15) Op. cit., págs. 66-7.

Sin embargo el análisis meramente morfológico nos lleva a conclusiones claramente inaceptables. En efecto, el prefijo *anti-* de *antihéroe* no niega más que uno de los dos grupos de acepciones que antes distinguíamos, el de fuerte contenido ético (i. e., las acepciones 2), 3) y 5)). La negación de la acepción «neutra» (i. e., 4)) sería la expresión «personaje secundario» o una perifrasis de ella, y el término *antihéroe* no tiene nunca en el uso crítico esa significación. Por tanto, frente a lo que parecía ser uso común e inevitable del término *héroe* como equivalente a *protagonista*, si nos fiamos del análisis morfológico parece que hay que resucitar la vieja acepción o la oposición pierde toda su validez, porque el contenido de la antítesis, el elemento respectivamente afirmado o negado, no es el rasgo que caracteriza a la acepción neutra, /ATENCIÓN PREFERENTE DEL AUTOR/ sino los que veíamos en la acepción ética. En otras palabras, si queremos hacer un uso coherente del par de categorías *héroe/antihéroe* hay que revalidar la acepción ética y conservar el término *héroe* con su valor tradicional, i. e., el de las definiciones 2) o 3) del *DRAE*, por ejemplo, o el que se desprende de las de San Isidoro, Curtius, Frye o Savater, bastante coincidentes a pesar de las dispares personalidades de sus autores:

«...se da el nombre de héroes a los hombres que por su sabiduría y valor se hacen merecedores del cielo».

— San Isidoro<sup>16</sup>

«El héroe es el tipo humano ideal que desde el centro de su ser se proyecta hacia lo noble y hacia la realización de lo noble, esto es, hacia valores vitales 'puros', no técnicos, y cuya virtud fundamental es la nobleza del cuerpo y del alma».

— E. R. Curtius<sup>17</sup>

«(a man who is) superior in degree to other men and to his environment... whose actions are marvellous but who is himself identified as a human being».

— N. Frye<sup>18</sup>

(16) *Etimologías*, I, XXXIX, 19. Citado por Curtius, *Literatura Europea y Edad Media Latina*, tomo I, pág. 253.

(17) *Literatura Europea y Edad Media Latina*, tomo I, pág. 242.

(18) *Anatomy...*, p. 33-34.

«Héroe es quien logra ejemplificar con su acción la virtud como fuerza y excelencia».

— F. Savater <sup>19</sup>

«En el héroe se ejemplifica que, realmente, la virtud es fuerza y excelencia, es decir, el héroe prueba que la virtud es la acción triunfalmente más eficaz».

— F. Savater <sup>20</sup>

«El héroe es quien quiere y puede... Lo difícil es triunfar, querer y poder. En la actividad victoriosa, lograda, reconocemos nuestra independencia relativa de lo necesario y nuestro parentesco con los dioses».

— F. Savater <sup>21</sup>

En todas esas definiciones el invariante es la excelencia en los valores que en cada caso se consideran positivos, que naturalmente varían según la ideología que se profesa. En consecuencia es de esperar que *antihéroe* implique algún tipo de «negación» de ese invariante de valores positivos (variables) pero lo que no parece estar nada claro es de qué tipo de negación se trata. No podemos estar de acuerdo con Juan Villegas cuando al definir el concepto de antihéroe afirma <sup>22</sup>

«Preferimos entender al antihéroe en la misma línea que hemos bosquejado el héroe. Por lo tanto como el portador de los valores no recomendados, negativos, en el contexto de la novela».

Es decir que, por lo que parece, para Villegas el héroe es el «bueno» y el antihéroe el «malo» de la novela, lo cual trivializa la cuestión y traiciona el uso que la comunidad de estudiosos de la Literatura reconoce, aunque sea tan confusamente, en la práctica, porque en la literatura contemporánea los antihéroes en modo alguno son presentados al lector como «malos», ni como portadores de los valores que el autor desea desaconsejar o atacar. Al contrario, sería más exacto decir que los personajes que llamamos *antihéroes* son presentados al

---

(19) *La Tarea del Héroe*, Taurus Ediciones, 1982, reimp. 1983, pág. 111.

(20) Op. cit., pág. 112.

(21) Op. cit., pág. 113.

(22) Op. cit., pág. 67.

lector bajo una perspectiva de franca simpatía por parte del autor, y que el efecto de la lectura suele ser que esa simpatía que el autor muestra hacia el antihéroe se le contagie al lector aún pese a sus prejuicios anteriores.

Mucho menos acertada aún nos parece la postura de S. Onega en el pasaje arriba citado. No es en absoluto el caso que los antihéroes típicos (D. Quijote, Tristram Shandy, Jim Dixon, etc.) tengan en las obras respectivas la función de «suscitar la repulsa o la mofa del público». Tal es, sin duda, la función de los personajes francamente malvados o bufonescos de la comedia, o de la tragicomedia, la farsa, etc., pero en modo alguno lo es de los que solemos denominar antihéroes.

Sin duda esos autores han interpretado la «negación» incorrectamente. Han razonado más o menos como sigue: «si el héroe encarna los valores positivos en una sociedad dada, el antihéroe encarnará los valores negativos, o los valores contrarios a los anteriores, i. e., frente a Bondad, Maldad, frente a Generosidad, Egoísmo, frente a Castidad, Lujuria, etc.»

Sin embargo esa es sólo una de las posibles interpretaciones de la negación, y no la más afortunada precisamente. Hay otras que permiten mantener las auténticas relaciones entre los conceptos de *héroe* y *antihéroe* tal como los usamos en la práctica. Por ejemplo el antihéroe no necesita ser el que «encarna los valores contrarios a los del héroe», sino que puede ser también «el que no suscribe los valores asociados con el héroe sino otros», que no tienen que ser «negativos», sino que pueden ser simplemente «distintos», aunque igual de «positivos», o al menos igual de positivos desde otros puntos de vista.

En esta pequeña trampa lógica están las fuentes de la gran confusión que reina en el uso del par héroe/antihéroe. No es, pues, contradictorio hablar de «antiheroísmo heroico», como hace M. Ardanaz no sin cierta perpejidad<sup>23</sup>. El antihéroe puede mostrar comportamientos plenamente heroicos porque no es una mera «negatividad», sino una «positividad» de contenido distinto, que en absoluto es equivalente a contrario.

---

(23) Op. cit., págs. 79-80.

Estamos ya, pues, en condiciones de clarificar las verdaderas relaciones que en el uso crítico contraen las categorías de *héroe* y *antihéroe*, y de hacerlo de un modo consistente. El *héroe* encarna sin duda unos valores y el *antihéroe* no, luego es técnicamente un *no-héroe* con relación a tales valores patrón, pero en absoluto lo convierte esa circunstancia en un malvado o un bufón despreciable sino tan sólo en un ser que se rige por valores alternativos que el escritor puede asumir e incluso tratar de inculcar a sus lectores. Para entender el funcionamiento lógico de categorías como las de *héroe* y *antihéroe* conviene tener presente que sus contenidos respectivos son valores y que al usar el término *antihéroe* estamos tomando tácitamente una postura en el latente conflicto de valores, i. e., asumimos como valores por antonomasia unos (los de la clase dominante, por ejemplo) y convertimos a los valores alternativos en «carencias» o «negatividades», lo cual es naturalmente arbitrario. Por eso, en realidad, el concepto de *antihéroe* es en último término superfluo y tendencioso y podemos arreglarnos perfectamente con el de *héroe* (siempre que estemos dispuestos a reconocer el pluralismo de los valores, claro está, y con él el auténtico carácter de esa oposición de categorías).

Lo que verdaderamente explica las actitudes del autor y del lector respecto al personaje son los complejos de valores positivos que cada uno suscribe. En consecuencia pueden darse a este respecto las siguientes situaciones ideales, que nos pueden servir de paso para caracterizar algunos tipos de comunicación literaria <sup>24</sup>:

(1) El autor se identifica con los valores de su personaje (i. e., con su *héroe*) y los asume como único sistema válido en sus lectores, de modo que ( $V_a = V_p = V_l$ ). Estas configuraciones «monolíticas» se producen en la épica tradicional y en la literatura moralizante, por ejemplo.

---

(24) Naturalmente se trata de esquemas ideales que deben servirnos para aislar en su mayor pureza la cuestión que nos ocupa. En las obras literarias la identificación del autor con los valores del personaje, o con los del público, etc., se da en múltiples grados, de modo que los textos no suelen encajar tan nitidamente en una u otra de las configuraciones. Sin embargo creemos que, en lo esencial, nuestros esquemas son correctos.

(2) El autor se identifica con los valores que atribuye a su personaje (i. e., crea «un héroe») pero presupone en el lector, o al menos en la fracción más significativa de los lectores, unos valores alternativos, de modo que el *héroe* (subjetivo) es objetivamente un *antihéroe*, o si se quiere  $(V_a = V_p) \neq V_l$ . El autor puede entonces servirse de su personaje para hostigar a sus lectores, para enseñarles otras posibilidades de vida digna, para aguzar su espíritu crítico, o simplemente para expresar su rebeldía ante los valores establecidos por las clases dominantes.

(3) El autor se identifica con los valores de su público (o de parte de él, tal vez) pero no con los que atribuye a su personaje, i. e.,  $(V_a = V_l) \neq V_p$ . En tales circunstancias puede apoyarse en su público, o un sector de él, para hostigar o ridiculizar al personaje o a terceros a través de él. Es lo que ocurre normalmente en la comedia clásica, en donde el autor conspira por medio de la ironía dramática contra el personaje en escena y produce en su auditorio una sensación de superioridad y bienestar que da a la comedia su tono característico.

(4) El autor no se identifica con los valores que atribuye a su personaje, que sin embargo coinciden con los del público lector, i. e.,  $V_a \neq (V_p = V_l)$ . Tal ocurre típicamente en la literatura satírica y en las obras de crítica social, por ejemplo.

(5) El autor no se identifica con los valores que atribuye a su personaje ni tampoco con los que asume en su público, pero tampoco adopta respecto a ellos una postura abiertamente crítica sino que se limita a contemplarlos neutralmente como códigos de conducta coexistentes, tal vez no absolutamente equivalentes en el plano moral, pues eso es casi imposible para un sujeto humano, pero sí como opciones válidas que al menos contienen parte de la verdad. Esta situación ideal,  $V_a \neq V_p \neq V_l$ , es la que subyace a una gran parte de la literatura contemporánea, que pretende presentar «objetivamente» las conductas y deja al lector que saque sus conclusiones sin darle pie para pensar que efectivamente deba sacárselas.

No todas esas configuraciones permiten la aparición de

verdaderos antihéroes. La primera, por ejemplo, genera acaso «héroes» y «malvados», pero nunca «antihéroes». La tercera da pie a la aparición de «bufones» y en general alcanza esa complicidad del autor y el público a través de la ironía y a expensas del personaje pero no propicia la creación de personajes positivamente cargados en el plano de los valores hasta un grado excepcional. En la comedia, por tanto, no se puede hablar estrictamente ni de héroes ni de antihéroes. La configuración número (4) es la que subyace a ciertos tipos de literatura moralizante en los que efectivamente se hostiga al malvado, pero no por medio de un personaje sino a través del comentario autorial directo, de modo que en esas circunstancias tampoco emergen personajes que podamos denominar héroes ni antihéroes en las obras mismas, aunque puedan estar implicados los modelos ideales de conducta del autor en el comentario moral que ofrece. Finalmente, la configuración número (5) excluye la aparición de antihéroes por la misma razón que no favorece la creación de personajes heroicos, por su propia neutralidad.

En consecuencia, sólo la configuración número (2) permite, y de hecho conduce de un modo natural a la aparición del antihéroe, puesto que en ella se dan los requisitos indispensables de a) fuerte identificación del autor con un código ético, con un sistema de valores; b) fuerte identificación del autor, y si la obra alcanza sus objetivos también del lector, con un personaje; c) desarraigo del personaje, y por supuesto del propio autor, respecto del sistema de valores socialmente predominante; y d) acto de consciente protesta o incluso provocación del autor ante ese estado de cosas al elegir como objeto de atención y simpatía preferentes a un personaje cuyos valores motrices están desacreditados en el entorno social o al menos en las formas de expresión favorecidas por las clases dominantes.

Lo que opone, pues, a *héroe* y *antihéroe* como categorías teóricas no es una especificación positiva y negativa respectivamente frente a los valores asumidos por el autor, o por la obra, sino la diferente relación que en cada caso existe entre

el bloque autor-personaje, por un lado; y el público lector representado por la ideología dominante por el otro.

En la configuración de la que emerge el héroe, autor, personaje y público lector forman una estructura axiológica homogénea y totalizadora que no deja alternativas «positivas» sino únicamente «carencias», «negatividades», fuera de sí misma. Es lo que ocurre en la épica clásica.

En cambio la configuración que da origen al antihéroe presupone un cierto grado de diferenciación axiológica tolerada por las clases dominantes (i. e., ya no un sistema de valores indiscutido), de modo que el bloque autor-personaje queda en situación de desarraigo (y aún así de autoafirmación) frente a la ideología oficial o dominante. El grado de diferenciación de los bloques ideológicos y su propia existencia como configuraciones mutuamente excluyentes es lo que hemos intentado sugerir en nuestra notación idealizada mediante el uso de paréntesis. Obsérvese que en la configuración número (1)  $V_a$ ,  $V_p$  y  $V_l$  aparecen unidas por el funtor de identidad = dentro de un único paréntesis que no deja fuera de sí nada, mientras que en la configuración típicamente antiheroica, la número (2),  $V_a$  y  $V_p$  aparecen identificadas dentro de un paréntesis y en oposición ( $\neq$ ) a  $V_l$ , que queda fuera. En cuanto a la configuración número (5) expresa efectivamente, dadas nuestras convenciones, el estado de coexistencia de distintas conformaciones ideológicas bajo el supuesto de tolerancia mutua o neutralidad de modo que las alternativas pueden constituirse como «positividades» pero sin que el autor decida tomar partido o induzca al lector a hacerlo.

4. El análisis que acabamos de efectuar tal vez haya conseguido clarificar las relaciones formales entre las categorías de *héroe* y *antihéroe* y sus coordenadas funcionales dentro de una construcción *teórica* de relevancia para los estudios literarios, aspectos sobre los que reinaba bastante confusión, o al menos imprecisión, en el uso crítico que habíamos observado. Con ello tal vez se puedan fijar las condiciones de «felicidad» del uso de esas categorías, evitar las contradicciones más ostensibles y disipar la perplejidad que causaba la propiedad de

términos como el de «heroísmo antiheroico». Sin embargo, y precisamente por habernos circunscrito a las relaciones más generales y abstractas entre *héroe* y *antihéroe*, aún sabemos bastante poco sobre sus contenidos. Hemos sugerido, ciertamente, un núcleo conceptual invariante caracterizado por un fuerte componente ético, pero, en primer lugar, los términos que ese componente ético implica están aún sin definir, o mejor, tienen únicamente la definición que extraemos del Diccionario, y en segundo lugar, el concepto de lo heroico seguramente conlleva, adheridas al núcleo ético constitutivo, determinaciones adicionales, atributos no esenciales o periféricos que hay que precisar. El primer problema es consecuencia de la ambigüedad naturalmente presente en el lenguaje. Las palabras son muchas veces polisémicas y únicamente podemos distinguir entre unas significaciones y otras por medio de definiciones de diccionario que a su vez nos remiten a otros términos que también son ambiguos, y así sucesivamente. Nada hay de anormal en este estado de cosas. Las lenguas funcionan, precisamente, porque se constituyen como sistemas de significación cerrados en los que necesariamente han de neutralizarse un número indeterminado de diferencias semánticas que, desde el punto de vista de la comunicación social, no pasan de ser reacciones privadas de los individuos y en consecuencia son no-pertinentes y justamente silenciadas por el diccionario.

Bien distinta es, sin embargo, la situación, y con ello entramos en nuestro segundo problema, cuando los términos del lenguaje cotidiano han de ser adaptados al uso rígido y preciso de una construcción teórica, sobre todo si, como en nuestro caso, la teoría aspira nada menos que a dar cuenta de las condiciones en que tiene lugar la producción-interpretación de textos literarios y a explicar dichos procesos. En tales circunstancias, las reacciones «privadas» de los productores y consumidores de textos literarios, escritores y lectores, constituyen datos absolutamente indispensables. En otras palabras, a la Teoría de la Literatura le interesa saber no sólo el contenido «lingüístico» de los términos que utilizamos (*héroe*, *antihéroe*, *virtud*, *bien*, *ilustre*, *hazaña*, etc.) sino también, par-

ticamente, sus contenidos ideológicos, en cuanto que remiten a referentes que difieren objetivamente entre unos individuos y otros según sus características de edad, sexo, procedencia social, grado de educación, afiliación política y tal vez otros factores que hay que determinar. Son esas significaciones «ideológicas», esas reacciones privadas que el diccionario justamente silencia, las que explican las respuestas de los lectores ante los textos literarios y el impacto estético que éstos alcanzan, cuestiones ambas de absoluta prioridad para una Teoría de la Literatura como la que aspiramos a desarrollar. Por tanto la teoría debe disponer de procedimientos para determinar el contenido ideológico de las categorías que entran en sus explicaciones y no limitarse a reconocer la polisemia del diccionario, i. e., las propiedades del uso pre-teórico, que al fin y al cabo sólo traducen una estructura de dominación social.

En nuestro caso, y volviendo ya al análisis del problema que nos concierne en esta ocasión, una vez analizadas las relaciones más abstractas entre las categorías de *héroe* y *antihéroe* y vistas las propiedades más generales de su núcleo intensional, el siguiente paso en nuestro proceso de depuración sería determinar los contenidos ideológicos que en cada momento y para cada tipo de lector cabe asociar con tales conceptos, i. e., las «lecturas» posibles de los conceptos implicados (*hazaña, virtud...*, etc.) y los «atributos periféricos» de lo heroico. En otras palabras, un uso teórico consistente de la categoría de *héroe* presupone una «fenomenología» de lo heroico entre las distintas clases sociales, por ejemplo, y para cada una de las épocas de la historia de la Literatura. En ausencia de tal estudio fenomenológico, el crítico suele ajustarse al uso cotidiano y con ello llena instantáneamente ese concepto de contenidos ideológicos. Es lo que le ocurre a Cuddon<sup>25</sup>, que define al antihéroe como «the man who is given the vocation of failure», con lo cual el héroe es, por implicación, el individuo que alcanza el triunfo<sup>26</sup>. Sin embargo ya veremos que

(25) Véase su *Dictionary of Literary Terms*, Andre Deutsch, 1977, pág. 45.

(26) Tal es también la postura de F. Savater en *La Tarea del Héroe*, pág. 113: «El héroe es quien quiere y puede».

esa concepción competitiva de lo heroico, que tal vez es la de la clase dominante, no es asumida en modo alguno por el conjunto de los lectores. Consecuencia de lo anterior es que, por definición, cuando las categorías de la Teoría de la Literatura reciben de antemano lecturas ideológicas la propia teoría es ideológica, en vez de científica, y hace predicciones falsas.

Nuestro enfoque de la cuestión es, al menos desde el punto de vista metodológico, más sólido. Hemos partido de la base de que a) la teoría no puede tomar sus categorías del uso cotidiano, y b) de que en una sociedad tan heterogénea ideológica y socialmente como la nuestra un término como *héroe* debe revestir por necesidad contenidos ideológicos muy divergentes. En consecuencia hemos procurado determinarlos, o al menos sugerir cómo sería posible determinarlos, puesto que el estudio fragmentario que en nuestras circunstancias presentes ha sido todo lo que hemos podido hacer no pasa de ser una simple ilustración cuyo valor es más bien metodológico que sustantivo.

Pero exploremos un poco más nuestra hipótesis antes de describir el trabajo empírico a que condujo. Decíamos que en el plano ideológico del uso se sitúan múltiples adherencias del núcleo conceptual de lo heroico. Se trata de expectativas, conscientes o no, que surgen de múltiples asociaciones no analizadas. Si *héroe* tiene en su núcleo conceptual rasgos como /BUENO/ y /EN GRADO EXCEPCIONAL/, pongamos por caso, las adherencias ideológicas procederán de asociaciones del tipo

Bueno = Bello, Noble, Generoso, Inteligente, ...  
Bello = Alto, Rubio, Fuerte, Sano, Rico, Simpático, ...  
Noble = Aristócrata, ...  
etc.

De ese modo cada grupo social tiende a añadir al núcleo conceptual sobredeterminaciones, atributos periféricos que reflejan sus expectativas conscientes o inconscientes, y que al mismo tiempo dan a los valores subyacentes una corporeidad suficiente para que individuos concretos puedan funcionar co-

mo arquetipos a imitar y auténticos paladines de la ideología. Sin esa «vestimenta» indispensable, los valores ideológicos resultan demasiado abstractos, como bien sabe la propaganda moderna. Por ello los atributos «periféricos» llegan a ser tan importantes que es difícil distinguirlos de los valores básicos. Llega un momento en que la divisoria entre lo esencial y lo accesorio se borra por completo para la conciencia del sujeto, y en ese instante, naturalmente, el éxito del héroe es absoluto y su rendimiento como factor de orden social máximo. Entonces, como dice Savater <sup>27</sup>,

«el atractivo de la virtud viene de la seducción práctica del héroe que la encarna...»

con la particularidad de que <sup>28</sup>

«...en el héroe la virtud surge de su propia naturaleza como una exigencia de su plenitud y *no como una imposición exterior*. El héroe representa una reivindicación personalizada de la norma». (Subrayado JLGE).

De ese modo el héroe disfrazaba con su atractivo el elemento coactivo de la ideología dominante, cuyos valores toman en él un aspecto de naturalidad e incluso de inevitabilidad sumamente deseable para el propagandista.

5. Naturalmente los contenidos ideológicos (en nuestro sentido) de un concepto como el de *héroe* son variadísimos y determinarlos con precisión siquiera para grandes clases sociales equivaldría a investigar en detalle la génesis de las ideologías. En líneas generales, el estudio «fenomenológico» de lo heroico refleja fielmente los avatares de las confrontaciones históricas entre las clases y sus sistemas de valores. Curtius, Hauser, Lukacs y Goldmann <sup>29</sup>, entre otros, nos han ofrecido magistrales fragmentos de tal estudio fenomenológico que demuestran que cada clase tiende a producir arquetipos heroicos característicos que reflejan sus valores o una síntesis de com-

(27) Op. cit., loc. cit.

(28) Ibidem.

(29) Curtius, *Literatura Europea...*, Hauser, *Historia Social de la Literatura y el Arte*, 3 vols., Ediciones Guadarrama, 1969; Lukacs, Goldmann, op. cit.

promiso que corresponde, «grosso modo», a las relaciones entre esa clase y sus antagonistas históricos. Así, el guerrero homérico encarna la *areté* de una aristocracia cuyas características se reproducen en parte en la época feudal, sobre todo en la Alta Edad Media, en los atributos del héroe germánico. Esas aristocracias guerreras, sin embargo, suelen convertirse en noblezas cortesanas y a veces amantes de las artes, del saber, de la belleza y de la gracia, y el ideal resultante es lo que los griegos llamaban *kalokagacia*, un cúmulo de atributos que reaparecen en numerosísimos héroes de todas las épocas, que no niega los valores tradicionales del guerrero, pero sí los dulcifica un tanto al yuxtaponerlos a los valores del cortesano.

Por su parte los oprimidos y los débiles encuentran su paladín en el típico héroe cristiano, una síntesis de la ética de los estoicos, que, por supuesto, guarda a su vez una interesante relación dialéctica con la vieja *areté*, con ciertos elementos específicamente cristianos como la fé y la caridad.

De las interrelaciones de esos grandes sistemas de valores surgen síntesis peculiares encarnadas en los diversos tipos de héroes de la literatura medieval europea. Para limitarnos al ámbito de la literatura inglesa, Beowulf sintetiza los valores de la *areté* germánica con los del credo estoico-cristiano (*prudentia, fortitudo, fidelitas*). El «gentle knight» de Chaucer, y los Gawains, Galahads, Lancelots y Percevals del ciclo artúrico, representan un intento de síntesis de la vieja *areté*, ostensiblemente dulcificada ya por las nuevas condiciones de la Baja Edad Media, con los valores de la aristocracia cortesana (*kalokagacia*) y un fuerte componente de moral cristiana. El «yong squyer» de Chaucer, por el contrario, representa únicamente el ideal cortesano y en cambio los valores estoico-cristianos predominan marcadamente en personajes no aristocráticos como el honrado labrador de Langland, el buen párroco y el humilde y austero «clerk of Oxenford» de Chaucer, etc.

El Humanismo, y, en general, el Renacimiento, traen consigo nuevos ideales (casi siempre latentes en los sistemas de la Antigüedad) asumidos en parte por las clases dominantes y nuevos tipos de héroes, el humanista cristiano a lo Thomas

More, el artista, el cortesano ideal de Castiglione, Elyot o Ascham (digamos un Sir Philip Sidney en el ámbito de la literatura inglesa), el tipo fáustico, el conspirador maquiavélico, etc., todos ellos síntesis más o menos consistentes de valores heterogéneos desde el punto de vista de su génesis<sup>30</sup>.

En fin, si el espacio disponible no lo desaconsejara podríamos trazar sumariamente la dialéctica de las clases y sus ideologías y ver cómo hace emerger tipos como el «científico» utilitarista y reformista, el «superhombre» amoral del teatro de la Restauración, el «noble salvaje», el «hombre de gusto» de la Ilustración, el «hombre de mundo» a lo Lord Chesterfield, los superhombres de Byron, Carlyle o Nietzsche, la figura prometeica del poeta-filósofo de Shelley, el decadente «dandy» de Oscar Wilde, o los revolucionarios, brillantes ejecutivos o superagentes de nuestra propia época. Y también sería fácil deducir de esa dialéctica de las ideologías los correspondientes antihéroes. No obstante, aunque nuestro trabajo descansa efectivamente en una pequeña exploración de todos esos tipos y su génesis, no es este lugar para entrar en detalles sobre algo que al fin y al cabo han hecho ya hasta cierto punto con mayor autoridad y erudición Hauser, Curtius, Lukacs y los otros investigadores que hemos citado.

Lo importante es que si concebimos la historia en términos dialécticos cada nueva síntesis de valores en parte niega y en parte conserva (aufheben) las conformaciones ideológicas anteriores, y por ello cabe esperar la reaparición de todos esos elementos de la experiencia histórica de la Humanidad conjugados de múltiples maneras en las ideologías de nuestra época. El contenido ideológico de *héroe* visto en sincronía en la sociedad contemporánea es, pues, el resultado de esa dialéctica que se explicita en la diacronía, y con el fin de determinarlo y medirlo con vistas a utilizar el concepto en una teoría rigurosa de los fenómenos literarios hemos construido una batería de rasgos y atributos que intenta recuperar y resumir los aspectos más prominentes de los héroes (literarios) de todas las

---

(30) Véase un buen análisis de uno de esos procesos de síntesis de valores heterogéneos en M. West, «Spenser and the Renaissance Ideal of Christian Heroism», PMLA, 88 (1973), págs. 1.013-1.032.

épocas. La idea es presentar todos esos atributos en forma de cuestionario y medir así las reacciones de los lectores ante cada uno de ellos para ver en qué medida han dejado de estar o siguen estando entre las expectativas estéticas del lector respecto a la figura del héroe.

Lo ideal, naturalmente, habría sido medir las reacciones del conjunto de la sociedad contemporánea teniendo en cuenta un gran número de variables y tomando de cada uno de sus estamentos, grupos, minorías, etc., un número de sujetos estadísticamente representativo. Así habría que hacerlo en un estudio serio de estética literaria. Lamentablemente, sin embargo, eso quedaba manifiestamente fuera de las posibilidades de un investigador solitario que además no dispone de los medios técnicos adecuados. En consecuencia nos hemos limitado a estudiar las reacciones de un estamento social que nos resultaba más accesible, los estudiantes, y a observar sólo unas pocas variables que parecían a priori significativas. Ello restringe, evidentemente, el valor absoluto de las conclusiones que podamos sacar de nuestra investigación para la Teoría Literaria y por eso en vez de insistir en el contenido sustantivo de lo que vamos a exponer preferimos realzar su carácter de sugerencia metodológica. No obstante, es justo decir que la población estudiantil no sólo representa un porcentaje sustancioso del público lector sino que además es más sofisticada que la media de los lectores y constituye, a fin de cuentas, la «cantera» de los futuros estudiosos de la Literatura, por lo cual, creemos, sus reacciones son particularmente significativas como índice de las preferencias estéticas y axiológicas de la sociedad en su conjunto.

6. La base sociológica de nuestro experimento fue una población de cuatrocientos estudiantes de bachillerato y de facultad cuyos datos sociológicos son los de la Tabla 0. La información necesaria para nuestra investigación fue obtenida mediante la aplicación, personalmente efectuada por el investigador, de un cuestionario que constaba de una sección de presentación en la que se explicaban brevemente el sentido y los objetivos de la investigación, una sección de datos sociológicos sobre los encuestados, que son los que aparecen resu-

midos en la Tabla 0, instrucciones para cumplimentar los formularios (ampliadas oralmente por el investigador cuando así lo solicitaban los encuestados) y el cuestionario propiamente dicho, que a su vez constaba de tres secciones en las que a) se solicitaba la reacción del sujeto ante una batería de cincuenta atributos del héroe (en realidad cuarenta y cinco, más cinco casillas vacías para recoger sugerencias del entrevistado, véase Tabla 1), así como su opinión acerca de si tal atributo constituye o no una de las expectativas de la ideología dominante para sus héroes; b) se le pedía al encuestado una definición concisa de su concepto de héroe, y c) se le invitaba a enumerar hasta diez de sus héroes personales favoritos, literarios o no.

Una vez recogida la información y clasificados los cuestionarios por edad, sexo, procedencia social, afiliación político-ideológica, etc., se procedió a computar las reacciones positivas de los sujetos encuestados ante cada uno de los atributos y a tabular los resultados, expresados finalmente en porcentajes, de modo que pudiera apreciarse la intensidad de su aceptación o rechazo por cada uno de los grupos. Los resultados globales pueden verse en la Tabla 2<sup>31</sup>. En la Tabla 3 aparece una lista de los atributos propuestos ordenados según la intensidad de su aceptación por el conjunto de los entrevistados.

Como se ve en la Tabla 2, las correlaciones son muy claras. Los atributos intensamente aceptados son los mismos para todos los subgrupos de estudiantes, como también coinciden en todos ellos los atributos de escasa aceptación<sup>32</sup>. En consecuencia, las curvas tienden a discurrir paralelamente y hay unas cumbres muy marcadas que coinciden con los primeros items de la lista de la Tabla 3. Como características globales de la reacción estudiantil cabe destacar la intensa aceptación de los atributos *Decisión* y *Justicia*, seguidos inme-

---

(31) Para evitar una aglomeración de datos que haría ininterpretable la Tabla hemos excluido de momento las diferencias derivadas de las afinidades ideológicas de los encuestados. La uniformidad de las reacciones disminuirá mucho cuando las tengamos en cuenta, como hemos hecho en la Tabla 5 (véase).

(32) Con la salvedad expresada anteriormente en la nota 31 el estudiantado es un grupo bastante homogéneo. Si las variables de edad, sexo, procedencia social, grado de educación, etc., se hubieran medido sobre el conjunto de la población las discrepancias serían mucho más acusadas y en consecuencia también las reacciones ante los atributos propuestos discreparían más.

diatamente de cualidades de fuerte contenido moral (las cualidades «prometeicas»). En cambio el éxito en todas sus variedades, profesional, económico, sexual, etc., los atributos físicos como la *Belleza*, la *Juventud*, la *Elegancia*, la *Fuerza*, y otros de tipo social o de clase como el *Origen Aristocrático* o la *Riqueza*, reciben porcentajes de aceptación que los sitúan al final de la tabla. Naturalmente sería muy interesante comparar el ideal que parecen tener los estudiantes (y, por supuesto, el de otros grupos, si dispusiésemos de datos para hacerlo) con los diversos tipos de héroes literarios a que antes aludíamos y calcular el impacto estético de cada uno de ellos en un público lector moderno, pero no es éste el lugar para intentarlo.

En la Tabla 4 representamos la desviación que los estudiantes como grupo social perciben entre sus valores y los de las clases dominantes que representan ideológicamente a la sociedad, que, como se ve, es muy acusada en el área de los atributos que se refieren al aspecto físico (números 1 al 7), que no constituyen expectativas de importancia entre los estudiantes y sí en cambio en el código percibido como ideología dominante. También discrepan marcadamente los estudiantes respecto a la ideología oficial en cuanto a la evaluación de atributos como *Fama*, *Exito*, *Riqueza*, *Poder*, *Respeto al Orden Establecido* o realización de grandes *Hazañas*, valores indiscutibles en el sistema dominante y sin embargo de escasa significación entre los encuestados.

En cambio los valores de contenido más claramente «ético» (cf. los atributos números 16, 17, 23, 25, 26, 29, 40, 41 y 43) alcanzan entre los estudiantes cotas de aceptación como expectativas de status heroico que ellos consideran superiores a las del conjunto de la sociedad.

Las diferencias de reacción por sexos son de poca importancia. No obstante, las hembras tienden a responder con más intensidad ante atributos como *Amable* (n.º 9), *Extravertido* (n.º 14), *Trabajador* (n.º 17), *Hábil* (n.º 18), *Respetuoso* (n.º 29) y *Culto* (n.º 34), y también, aunque en menor medida, ante *Fuerte*, *Elegante* e *Inteligente*. Los varones, por su parte, res-

ponden más intensamente ante atributos de índole moral como *Generoso* (n.º 20), *Abnegado* (n.º 21), *Bondadoso* (n.º 24), *Justo* (n.º 25) o autor de grandes *Hazañas* (n.º 45), lo cual probablemente ha de explicarse en razón de los rôles sociales todavía predominantes para cada uno de los sexos. No obstante, las diferencias de intensidad son en general tan pequeñas que no creemos que esté justificado pasar en este punto de una tímida sugerencia.

Otra magnitud que conviene medir, pues constituye una variable potencialmente significativa, es la desviación de las reacciones dentro de un mismo sexo en función de la edad, y tal vez de la experiencia universitaria, con el fin de determinar cómo evolucionan las preferencias de cada sexo. Para las hembras, por ejemplo, cuya diferencia media de edad es de 3,4 años, las alteraciones son bastante significativas. Entre el Instituto y la Facultad se produce una ligera «apreciación» de atributos como la *Inteligencia*, la *Originalidad*, la *Fama* o el *Ansia por alcanzar la Belleza o la Perfección*, pero llaman la atención las «depreciaciones», que afectan drásticamente a los atributos relacionados con la apariencia física (*Alto*, *Fuerte*, *Esbuelto*, *Elegante* y *Simpático*, números 4, 5, 6, 7 y 8) y a muchos otros valores convencionales (*Amable*, *Líder Nato*, *Asituto*, *Extravertido*, *Trabajador*, *Generoso*, *Abnegado*, *Justo*, *Sincero*, *Respetuoso*, *Culto*, *Que lucha por el Bien Común* o *Que da su vida por un Fin Justo*). En general, se podría hablar de una acentuada «desilusión» respecto a muchas de las grandes palabras que dan forma a la ideología predominante en nuestra sociedad.

Sin embargo entre los varones, cuya diferencia media de edad es mayor (5,3 años), no se produce una depreciación de valores tan acusada. Ciertamente atributos como *Fuerte*, *Trabajador*, *Sabio*, *Bondadoso*, *Justo*, *Feliz*, *Que lucha por el Bien Común* y *Que da su vida por un Fin Justo* son expectativas de menor intensidad de aceptación y desde luego esos son algunos de los valores socialmente dominantes, pero la «devaluación» no es ni mucho menos tan marcada como en el caso de las hembras. En cambio se registran incrementos moderados de aceptación para atributos como *Atractivo*, *Extravertido*,

*Abnegado, Respetuoso y Que lucha por alcanzar la Belleza y la Perfección*, algunos de los cuales mostraban la tendencia inversa entre las hembras.

Con todo, la variable en la que teníamos de antemano mayor interés, puesto que suponíamos que aún dentro de un grupo social relativamente homogéneo como la población estudiantil habrían de producirse discrepancias acusadas, es la de afiliación política o ideológica. Sin embargo, la respuesta de los encuestados a las cuestiones relativas a sus preferencias ideológicas fue menos fructífera de lo que esperábamos debido a que más de la mitad de los sujetos (exactamente el 55,25 %) confiesan no sentirse identificados con ninguna ideología en particular, con lo cual nuestro corpus de datos queda considerablemente mermado.

Por otra parte, incluso entre los que reconocen su afinidad con alguna opción ideológica son pocos los que militan en organizaciones bien definidas y en cambio abundan los que se autodescriben por medio de etiquetas vagas como «liberal», «moderado», «izquierdas», «derechas», «derechas no extremistas», etc.

Todo ello limita decisivamente el valor de nuestras conclusiones precisamente en el punto en que esperábamos las más interesantes. No obstante, a título de muestra de lo que podría resultar de un estudio más amplio, en la Tabla 5 presentamos las curvas que expresan las reacciones de los tres grupos ideológicos mejor definidos y más nutridos de nuestra muestra, el del PSOE, los Libertarios y la Extrema Derecha, junto a la que expresa la reacción global de la población encuestada. No hemos utilizado en cambio las respuestas del numeroso grupo que se autodefine como «liberal» porque sospechamos que tal término, al igual que los de «moderado», «derechas», etc., está siendo usado con demasiada laxitud.

Pues bien, con todas las cautelas anteriormente expresadas, creemos que algunas reacciones son francamente significativas. Por ejemplo, si la intensidad media de aceptación del criterio n.º 5, *Fuerte*, es del 14 %, ¿por qué alcanza el 63 % entre los estudiantes que se autodefinen como pertenecientes a la

extrema derecha? Para el grupo del PSOE, en cambio, *Fuerte* no es en absoluto un atributo a esperar de los personajes heroicos, está en 0 %.

Igualmente, el rasgo número 13, *Valiente*, que en la curva general alcanza una cota de aceptación del 65 %, sólo obtiene entre los que se autodenominan libertarios un 30 %, y en cambio entre los estudiantes de extrema derecha llega al 100 %, i. e., es considerado un atributo indispensable del héroe por absolutamente todos los encuestados de esa ideología.

Otro caso significativo es el del atributo n.º 17, *Trabajador*, cuya intensidad media de aceptación es del 62 %, pero que según las ideologías alcanza valores tan dispares como el 20 % entre los libertarios frente a un 88 % entre los ultraderechistas.

El atributo n.º 25, *Justo*, asimismo, cuya cota media de aceptación está en el 78 %, muy alta, sólo alcanza entre los libertarios el 40 %, mientras que entre los estudiantes de extrema derecha llega al 100 %, i. e., una vez más la absoluta unanimidad entre los encuestados de esa ideología.

En cuanto al atributo n.º 30, *Respetuoso con las Leyes, la Moral y las Costumbres*, los valores obtenidos son tan dispares como que en el grupo del PSOE sólo lo acepta un 22 %, bastante inferior a la media, y sin embargo entre la extrema derecha la cota alcanza el 88 %.

La misma diferencia de intensidad entre la extrema derecha y los otros grupos se reproduce una vez más para el atributo n.º 44, *Que da su Vida por un Fin Justo*. Los estudiantes libertarios lo aceptan en el 50 % de los casos; los de extrema derecha lo aceptan, en cambio, unánimemente (100 %).

Y así podríamos continuar señalando diferencias significativas entre las reacciones de los diversos grupos ideológicos. Téngase en cuenta que, si bien hemos tendido a subrayar las diferencias relativas a los criterios que gozan de mayor aceptación, entre los que la tienen baja hay también discrepancias notabilísimas. Piénsese en que, por ejemplo, mientras que el atributo n.º 1, *Joven*, está en 0 % para el grupo del PSOE,

entre los libertarios hay un 20 % que lo acepta como expectativa a satisfacer por el héroe. Otro tanto ocurre con los atributos números 8 y 9, *Simpático* y *Amable*, que frente a un 5 % de aceptación entre los socialistas exhiben valores de un 30 y un 40 %, respectivamente, entre los estudiantes libertarios.

En fin, no querríamos excedernos en nuestras interpretaciones. El procedimiento de medición es un tanto burdo, sobre todo cuando, además, el número de encuestados a los que se refieren los porcentajes arriba indicados ha quedado limitado a sólo las aproximadamente cien personas que profesan ideologías bien definidas (¡relativamente!) y cuando no hay más control que la propia declaración de los entrevistados. Con todo, no deja de ser significativo que las correlaciones sean en esta Tabla mucho menos marcadas que en las demás (cf. Tabla 5), y la interpretación es evidente: mientras que la población encuestada es muy homogénea en cuanto a edad y educación, lo es mucho menos en cuanto a procedencia social y afinidad ideológica, como era de esperar. En consecuencia, a la vista de los datos nos atreveríamos a pronosticar que si la encuesta hubiera sido aplicada masivamente al conjunto del cuerpo social, la diferenciación de las reacciones frente a los atributos de lo heroico sería mucho mayor y reflejaría aproximadamente la composición ideológica de la población y sus preferencias de clase. Insistimos una vez más en que nuestra prospección es tan sólo un ejemplo más para ilustrar un método (bien fácilmente refinable, por otra parte) de medición de las expectativas de los lectores que para fijar sus valores absolutos. No obstante, no cabe duda de que el valor de la categoría de *héroe* (o *antihéroe*) para una Teoría rigurosa de la Literatura aumentaría notablemente si tuviéramos procedimientos para fijar esas expectativas, esos atributos periféricos de lo heroico, puesto que sería posible entonces plantearse la cuestión del impacto estético previsible de un personaje literario para una población lectora de características dadas, y esa es, como decíamos, una de las tareas de la teoría.

7. En otra sección de la encuesta se pedía a los entrevistados que definieran en diez palabras su concepto de *héroe*, y también en este caso fue notable la uniformidad de las res-

puestas obtenidas. Si excluimos aproximadamente a un 5 % de los estudiantes, que proponen definiciones muy personales o incluso caprichosas, el resto de las definiciones ofrecidas corresponde a perífrasis de las que, en orden de frecuencia, enumeramos a continuación:

- 1.<sup>a</sup> «El que lucha desinteresadamente por el bien común y por una sociedad mejor y más justa».
- 2.<sup>a</sup> «El que consagra su vida a una causa que cree justa»<sup>33</sup>.
- 3.<sup>a</sup> «El individuo que posee ideas propias y actúa siempre en consonancia con ellas».
- 4.<sup>a</sup> «El que intenta sacar el máximo partido de sus posibilidades individuales».
- 5.<sup>a</sup> «El individuo dotado de cualidades excepcionales que constituye un modelo a imitar por la sociedad».
- 6.<sup>a</sup> «El individuo que realiza algo sobresaliente en cualquier esfera de actividad».
- 7.<sup>a</sup> «El individuo que alcanza la popularidad o el liderazgo».

Como se ve, las definiciones más frecuentes tienen un fuerte carácter «moral» y apenas presuponen cualidades especiales en el sujeto, i. e., son *abstractas*, casi libres de atributos periféricos, lo cual es lógico cuando al encuestado se le pide precisamente un esfuerzo de abstracción<sup>34</sup>.

Destaca en las definiciones números 1, 2, 3 y 4 la dimensión plenamente *subjetiva, voluntarista*, de la conducta heroica, que queda por así decir al alcance de todos, puesto que no se expresan condiciones ni personales ni sociales reconocidas como requisitos sin los cuales el estatuto de héroe resulte inaccesible.

En cambio las definiciones 5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup> sí que presuponen en el héroe cualidades no plenamente controlables por la volun-

(33) Las definiciones 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> tienen variantes que consisten en añadir especificaciones como «y consigue algo positivo en ese sentido», o bien «sacrificando incluso su propia vida».

(34) En la sección siguiente veremos cómo se «encarnan» esos valores éticos abstractos en las expectativas de los encuestados.

tad, cualidades excepcionales en la 5.<sup>a</sup>, hazañas en la 6.<sup>a</sup> y popularidad en la 7.<sup>a</sup>. En ese sentido son definiciones que reflejan concepciones bastante más elitistas, próximas a las que ofrece el DRAE, como veíamos.

Por otra parte, entre las definiciones del grupo primero, las favoritas de los estudiantes, hay una clara división entre las dos primeras, que responden a una ética de lo social, a un sistema de valores en el que el interés del grupo se antepone al del sujeto individual, y las dos últimas (3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup>), que por el contrario reflejan una concepción conscientemente individualista de la vida.

También dentro del segundo grupo de definiciones (5.<sup>a</sup>, 6.<sup>a</sup> y 7.<sup>a</sup>) hay cierta diferenciación, puesto que mientras las definiciones 5.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> explican y justifican el carácter heroico de un personaje en razón de sus cualidades intrínsecas, o de los reflejos de éstas, i. e., sus acciones, en cambio la definición 7.<sup>a</sup> cifra la clave del status de *héroe* en la presencia de un hecho consumado, la fama o el liderazgo que un individuo disfruta, sin estipular nada acerca de si deben generarse como consecuencia de ciertas virtudes o no.

En consecuencia, los parámetros que parecen funcionar significativamente en la mentalidad de los encuestados en este punto son los de ELITISMO/NO-ELITISMO, ETICA DE LO INDIVIDUAL/ETICA DE LO SOCIAL y MERITO/NO MERITO. Según sean consideradas pertinentes o no esas opciones y según el polo por el que se opte se genera unas u otras de las siete definiciones propuestas por los sujetos encuestados.

8. Finalmente, y para disponer de «encarnaciones» del heroísmo al gusto estudiantil que nos permitieran estudiar sus atributos periféricos a la vez que comprobar la coherencia de los encuestados, nuestra encuesta incluía una sección en la que se invitaba al sujeto a enumerar hasta diez personajes que a su juicio tuvieran el carácter de héroes típicos, literarios o no. En este apartado hay una cierta dispersión, como es lógico, pero no tan acusada después de todo pues, aunque la lista de personajes propuestos ocupa varias páginas, sólo un puñado de ellos acumula un número significativo de votos. Si

excluimos a los que alcanzan menos de diez votos, la lista de héroes favoritos de los estudiantes es la siguiente: 1.º *Jesucristo*, con 160 votos (40 % de los encuestados); 2.º *Martin Luther King*, con 114 votos, i. e., el 36 % de los encuestados; 3.º *Mahatma Gandhi* (22%); a cierta distancia siguen, 4.º *Ernesto Che Guevara*, 5.º *El Cid Campeador*, 6.º *Don Quijote*, 7.º *Teresa de Calcuta*, 8.º *Juana de Arco*, 9.º *Cristóbal Colón*, 10.º *Abraham Lincoln*, 11.º *El Papa* (¡empatado con *Superman!*), 12.º *Agustina de Aragón*, 13.º *Robin Hood*, 14.º *Don Pelayo* y finalmente, 15.º *el Coronel Tejero*. Tales eran las preferencias, créase o no, de los cuatrocientos estudiantes encuestados.

Las diferencias por sexo y edad no son en este caso significativas ya que en todos los grupos recurren, aproximadamente en el mismo orden de prioridad y frecuencia, los mismos nombres. Sí son muy claras, como era de esperar, las diferencias entre unos grupos ideológicos y otros, unos citan a Tejero, otros al Che, unos a Pelayo, otros a Luther King, etc. Los resultados en este aspecto eran tan predecibles que no merece la pena insistir.

Lo que sí es verdaderamente notable es el tipo de personajes que aparecen en la lista. Si nuestra encuesta es representativa, los héroes de la juventud no son ni los hombres de mundo, ni los dandys, ni los tenorios, ni los jóvenes iracundos y rebeldes, ni los brillantes ejecutivos, ni los artistas, ni los intelectuales. Los guerreros aparecen, en cambio, en la lista, pero en modo alguno en los puestos de honor. Ni siquiera los grandes revolucionarios parecen tener el suficiente atractivo para los jóvenes. Hay, ciertamente, una figura de revolucionario con prestigio evidente, Che Guevara, pero en la cabecera de la lista están, con gran diferencia sobre el resto, tres personajes que si acaso puede llamárseles revolucionarios lo fueron más en el terreno de la regeneración moral de la Humanidad que en el de la acción política.

En general parece que predominan los valores del código estoico cristiano (Jesucristo, Luther King, Mahatma Gandhi, Teresa de Calcuta, el Papa) y efectivamente los atributos que aparecen en la parte superior de la Tabla 3 son fácilmente pre-

dicables de esos personajes, luego los encuestados han sido consistentes en sus apreciaciones, o al menos no se han producido contradicciones flagrantes entre los valores considerados por los encuestados como atributos de sus héroes y los que se reconocen luego en la lista de personajes propuestos como tales. En consecuencia cabe concluir que el ideal de los jóvenes, su arquetipo de conducta heroica, apunta hacia un personaje que representa la posibilidad de cambiar el mundo, más que por la acción político-social, por la propia regeneración moral de los individuos concebida en términos grosso modo coincidentes con la ética estoico-cristiana en sus versiones más tolerantes: amor universal, pacifismo, resistencia pasiva a la injusticia, deseo de influir en otros por convicción, individualismo, son algunas de las propiedades más características de ese credo. Sin embargo, al menos en este sector de la población, el ideal de conducta no es simplemente el hombre corriente, impotente ante la realidad y zarandeado constantemente por ella del que habla Villegas<sup>36</sup>:

«...nuestra sociedad tiende a eliminar el superpersonaje y la tendencia democratizante conduce a destacar y mostrar un tipo humano que en vez de elevarse por encima del nivel medio de la sociedad suele corresponder al que vive dominado y mil veces aniquilado por su contorno o las estructuras y sistemas vigentes».

Es cierto que muchos personajes literarios contemporáneos son así, pero los jóvenes no se contentan con admitir las cosas como son reconociendo su propia frustración como normalidad, i. e., con el papel del antihéroe cuando se lo define, ideológicamente, en los términos en que lo hacía Cuddon (cf. supra). Al contrario, se insiste en un cierto tipo de éxito que se genera como consecuencia de una actitud moral «positiva» y firme por parte del personaje heroico, si bien se trata de una actitud despojada de la agresiva «masculinidad» que tradicionalmente, y aún hoy en el sistema de valores predominante, se asocia con el héroe en su condición de arquetípico triunfador en lo material. El héroe de los jóvenes triunfa, pero más

---

(35) Op. cit., pág. 63.

en el plano moral que en el material. No obstante, es pura ideología, como se desprende de nuestro estudio, llamar a eso «antiheroísmo». Si se quiere identificar el triunfo, en lo que tiene de auto-afirmación, con los valores tradicionalmente masculinos, y el triunfo en cuanto dominio sobre el propio Yo con los de la esfera femenina, puede tener razón Savater cuando afirma que <sup>36</sup>:

«En la época contemporánea hay una esclerosis de los valores paternos que ha llevado a una desvalorización o sospecha ante lo heroico... y a una exaltación de las formas de seducción femeninas cuyos aspectos positivos pueden orientar hacia una regeneración ética en un ideal de flexible firmeza».

No obstante, Savater opera con un concepto de lo heroico que no es una mera forma vacía como la que interesa en cuanto categoría teórica al teórico de la literatura sino que ya ha sido interpretado conforme a una ideología, la de los valores «paternos», en el fondo la ideología aún dominante.

9. Para redondear aún más nuestro estudio sobre las categorías de *héroe* y *antihéroe* tal vez habría sido conveniente obtener de los encuestados juicios acerca de un número representativo de personajes literarios con el fin de estimar directamente el impacto estético de los personajes sobre el público y el efecto global de las creaciones literarias en este aspecto. No obstante ese estudio de la sensibilidad de los lectores planteaba tales dificultades de realización técnica que lo hemos descartado. Nuestros objetivos eran más modestos y a la vez más ambiciosos: clarificar el estatuto teórico de las categorías de *héroe* y *antihéroe* mediante un análisis de sus relaciones abstractas en el marco de una Teoría de la Literatura en la que los conceptos adquieren un valor distinto del que les asigna el lenguaje cotidiano sin que ello implique una discontinuidad radical entre uso general y uso teórico, afirmar la primacía lógica del concepto de *héroe* y el carácter derivado, y en último término redundante, del concepto de *antihéroe*, presentando a éste último como una mera variante condicionada

---

(36) Op. cit., pág. 122.

que aparece cuando en el espacio ideológico definido por el trío Autor-Obra-Lector se dan ciertas conformaciones muy específicas, insistir en la importancia de las adherencias ideológicas al núcleo conceptual de lo heroico en forma de atributos periféricos y en la necesidad de un estudio fenomenológico que permita depurarlas, y finalmente sugerir un procedimiento para determinar los contenidos variables de lo heroico para un lector o grupo de lectores dados y utilizar esa «lectura» de las variables para lo que al fin y al cabo es el objetivo primordial de la Teoría de la Literatura, tal como la concebimos: explicar el proceso de producción, interpretación y evaluación de los textos literarios. Si con nuestro trabajo hemos conseguido hacer más diáfanos el estatuto lógico de esas categorías y las condiciones en que pueden ser usadas sin las contradicciones, o al menos imprecisiones y falta de rigor, que nos estimularon a llevarlo a cabo, nos daremos por satisfechos.

TABLA 0

*Datos sociológicos de la población encuestada*

*Número total de individuos:* 400

Varones: 200, 100 de COU y 100 de la Facultad de Filosofía

Hembras: 200, 100 de BUP-COU y 100 de la Facultad de F.

<i>Edad media:</i>	BUP-COU	Facultad de Filosofía
Varones	17,2	22,5
Hembras	16,9	20,3
Edad media global de los encuestados:		19,2

*Clase social (Datos globales)*

Alta	1 %
Media-alta	6'75 %
Media-baja	63'75 %
Baja	5'5 %
No responde	6'5 %

*Afiliación político-ideológica (Datos globales)*

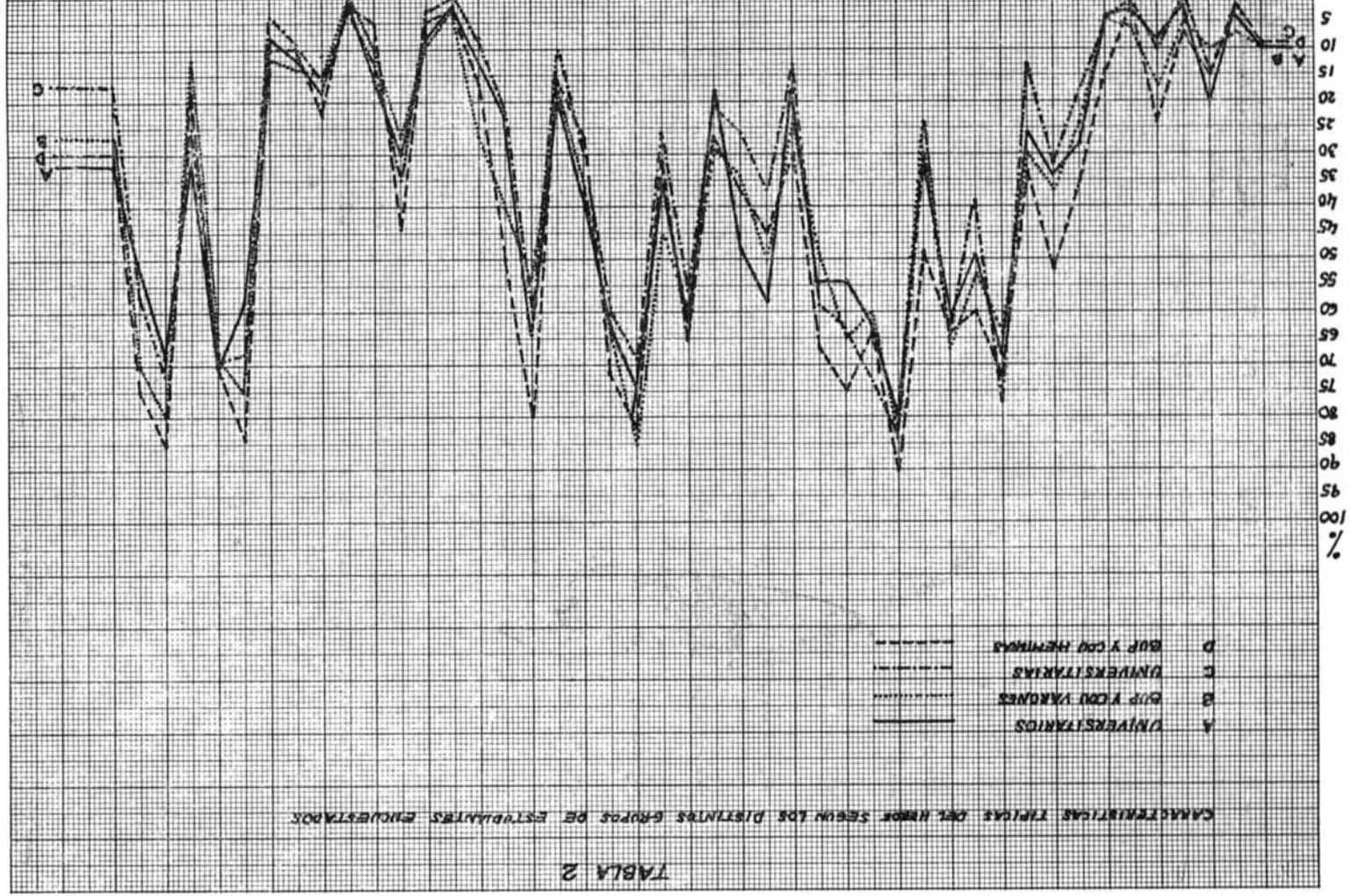
Extrema Derecha (F/N, CEDADE, NAZIS) .....	3'25 %
Centro y Derechas Moderadas, (UCD, liberales, demócratas-cristianos) .....	26'25 %
PSOE y socialistas independientes .....	7 %
Otras Izquierdas (PC, leninistas, maoístas y marxistas no afiliados) .....	4 %
Libertarios .....	4'25 %
Pasotas, Apolíticos, No contestan .....	55'25 %

TABLA 1

*Atributos del héroe*

- |                                  |  |
|----------------------------------|--|
| 1. Joven                         | 30. Respetuoso con las leyes, la moral y las costumbres establecidas |
| 2. Hermoso                       | 31. Feliz  |
| 3. Atractivo                     | 32. Rico   |
| 4. Alto                          | 33. Poderoso   |
| 5. Fuerte                        | 34. Culto  |
| 6. Esbelto                       | 35. Famoso   |
| 7. Elegante                      | 36. Aristócrata o de clase social alta                               |
| 8. Simpático                     | 37. Que alcanza el éxito profesional                                 |
| 9. Amable                        | 38. Que alcanza el éxito entre el sexo opuesto                       |
| 10. Líder nato                   | 39. Que triunfa siempre en todo                                      |
| 11. Inteligente                  | 40. Que lucha por el bien común                                      |
| 12. Astuto                       | 41. Que lucha por desarrollar sus posibilidades como individuo       |
| 13. Valiente                     | 42. Que lucha por alcanzar la belleza o la perfección                |
| 14. Extravertido                 | 43. Que lucha por conseguir una sociedad mejor                       |
| 15. Decidido                     | 44. Que da su vida o la dedica íntegramente a un fin que cree justo  |
| 16. Tenaz                        | 45. Que realiza grandes hazañas                                      |
| 17. Trabajador                   |  |
| 18. Hábil                        |  |
| 19. Rápido                       |  |
| 20. Generoso                     |  |
| 21. Abnegado                     |  |
| 22. Sabio                        |  |
| 23. Comprensivo                  |  |
| 24. Bondadoso                    |  |
| 25. Justo                        |  |
| 26. Sincero                      |  |
| 27. Original                     |  |
| 28. Dotado de sentido del humor. |  |
| 29. Respetuoso con los demás     |  |

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25 26 27 28 29 30 31 32 33 34 35 36 37 38 39 40 41 42 43 44 45



CARACTERÍSTICAS TÍPICAS DEL ERROR SEGUN LOS DISTINTOS GRUPOS DE ESTUDIANTES ENCUESTADOS.

TABLA 2

TABLA 3

Atributos del *héroe* ordenados según la intensidad de la reacción positiva que provocan entre los estudiantes

<u>N.º</u>	<u>Atributo</u>	<u>%</u>
15	Decidido .....	83
25	Justo .....	77
43	Que lucha por una sociedad mejor .....	76
40	Que lucha por el bien común .....	71
11	Inteligente .....	70
41	Que lucha por desarrollar todas sus posibilidades individuales .....	68'5
29	Respetuoso con los demás .....	64'5
26	Sincero .....	64'5
13	Valiente .....	64'5
44	Que da su vida por un fin justo .....	63'5
17	Trabajador .....	62'5
16	Tenaz .....	62
23	Comprensivo .....	60
18	Hábil .....	57'25
12	Astuto .....	50'25
20	Generoso .....	47'5
9	Amable .....	38'75
21	Abnegado .....	36'25
24	Bondadoso .....	34
34	Culto .....	34
30	Respetuoso con las leyes, la moral y las costum- bres establecidas .....	33'75
14	Extravertido .....	33'75
27	Original .....	32'5
45	Que realiza grandes hazañas .....	26'5

---

8	Simpático .....	26'25
10	Líder nato .....	25'75
22	Sabio .....	23'75
42	Que lucha por la belleza o la perfección .....	21'25
19	Rápido .....	21'25
37	Que alcanza éxito profesional .....	17'25
31	Feliz .....	15'25
3	Atractivo .....	14'75
5	Fuerte .....	14'75
28	Con sentido del humor .....	14'75
38	Que tiene éxito con el sexo opuesto .....	11'25
35	Famoso .....	10'75
1	Joven .....	9'75
39	Que triunfa siempre .....	8'5
7	Elegante .....	7'25
33	Poderoso .....	6'25
2	Hermoso .....	3'75
4	Alto .....	3'5
6	Esbelto .....	2'5
36	Aristócrata .....	1'75
32	Rico .....	1'5

TABLA 4

CARACTERISTICAS DEL HEROE TIPICO DE LA SOCIEDAD CONTEMPORANEA

A OPINION SOCIALMENTE PREDMINANTE A JUICIO DE LOS ENCUESTADOS -----

B OPINION DE LOS ESTUDIANTES ENCUESTADOS \_\_\_\_\_

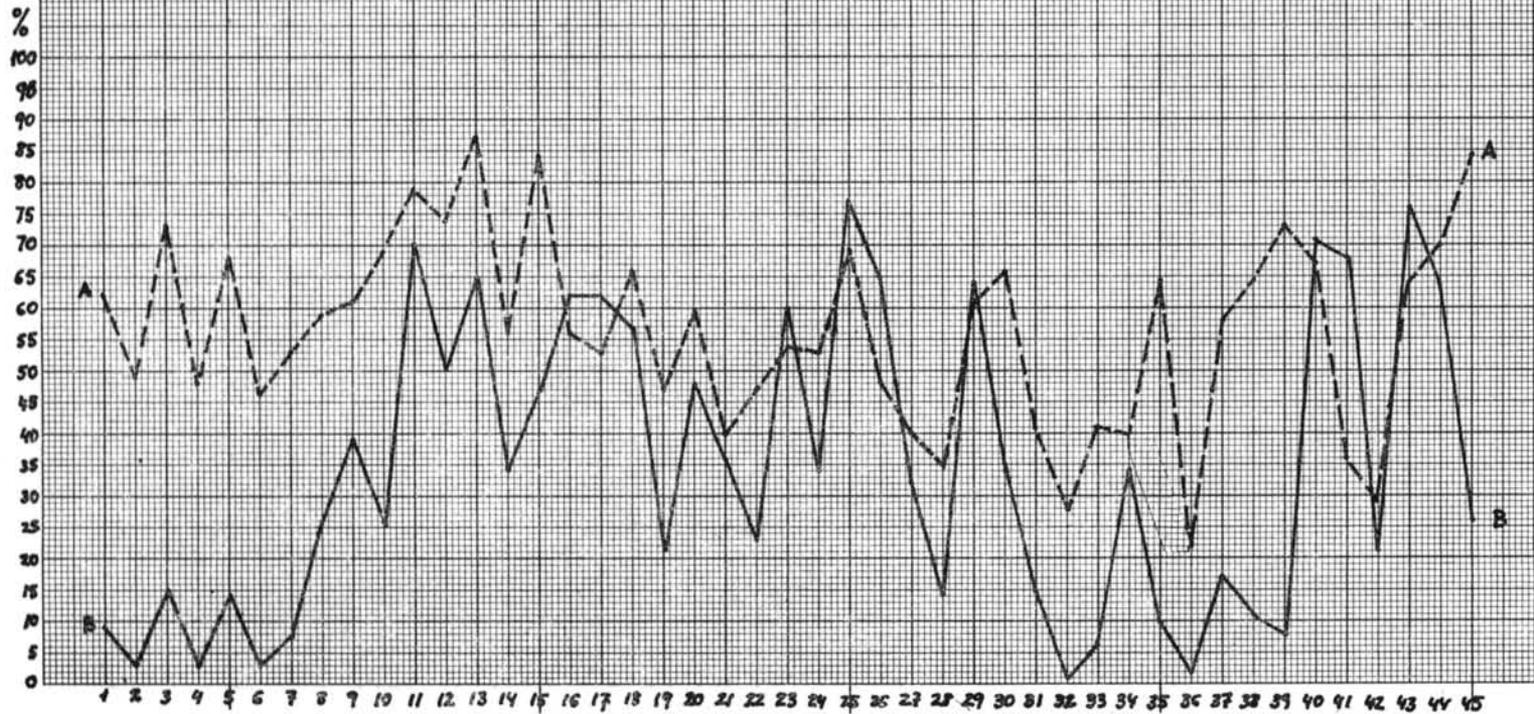
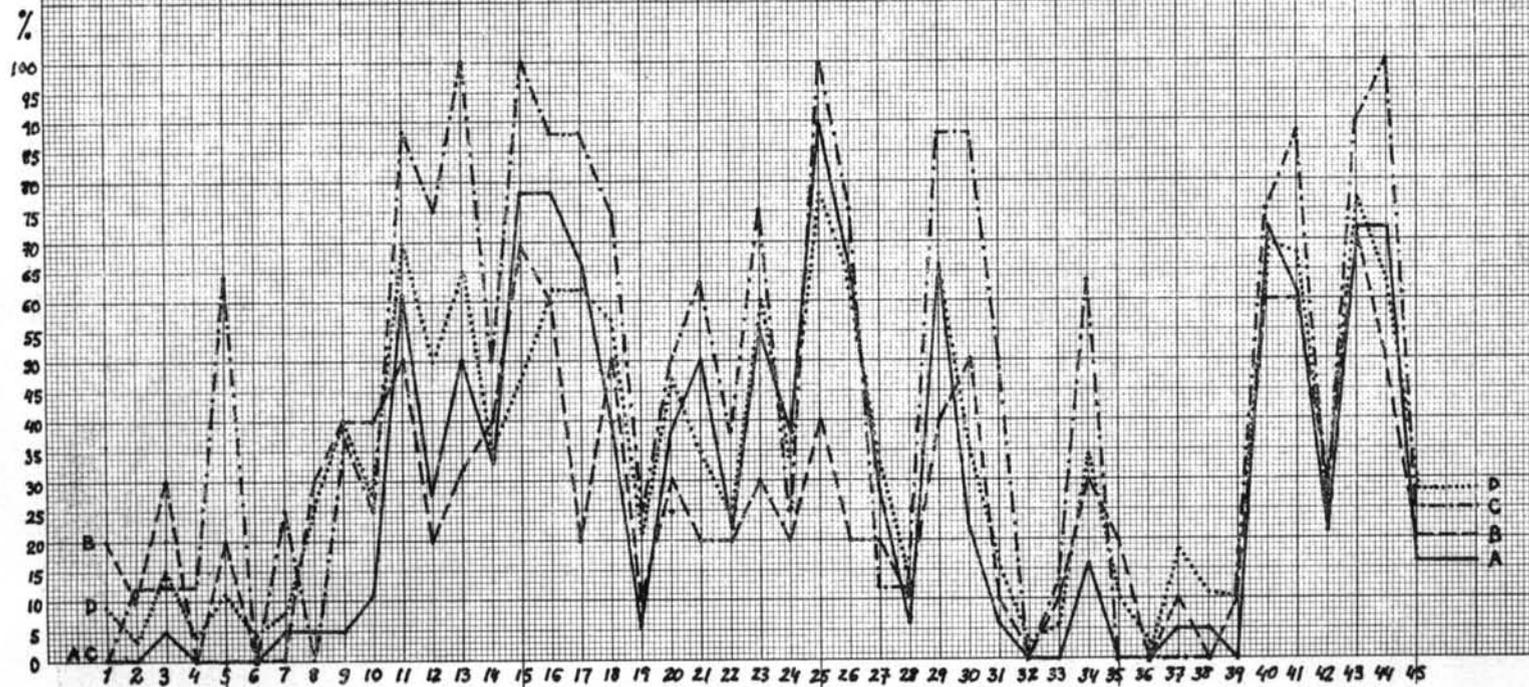


TABLA 5

REACCION DE LOS ENCUESTADOS SEGUN SU AFILIACION POLITICO-IDEOLOGICA

- A PSOE \_\_\_\_\_
- B LIBERTARIOS - - - - -
- C FN, CEDA, NAZIS, TRADICIONALISTAS ..... (dash-dot line)
- D VALORES MEDIOS OBTENIDOS PARA EL CONJUNTO DE LOS ENCUESTADOS ..... (dotted line)



## BIBLIOGRAFIA

- Ardanaz, M. — «*The Bridge* de Hart Crane, o el antiheroísmo heroico». En *Héroe y Antihéroe en la Literatura Inglesa*, Alhambra, 1983, pp. 79-89.
- Campbell, J. — *El Héroe de las Mil Caras*. Fondo de Cultura Económica, 1959.
- Cuddon, J. A. — *A Dictionary of Literary Terms*. Andre Deutsch, 1977.
- Curtius, E. R. — *Literatura Europea y Edad Media Latina*. 2 vols. Fondo de Cultura Económica, 1981 (1955).
- Dietz, Bernd. — «Una tentativa épica en la poesía de C. Day Lewis». En *Héroe y Antihéroe*, pp. 151-158.
- Frye, N. — *Anatomy of Criticism. Four Essays*. Princeton University Press, 1957.
- García, E. — «La dimensión grotesca de los héroes de Faulkner en *The Snopes Trilogy*». En *Héroe y Antihéroe*, pp. 414-416.
- Goldmann, L. — *Para una Sociología de la Novela*. Ciencia Nueva, 1967.
- Hauser, A. — *Historia Social de la Literatura y el Arte*. 3 vols. Editorial Guadarrama, 1969.
- Hegel, G. W. F. — *Poética*. Espasa Calpe, S. A., 1947. *De lo Bello y sus Formas (Estética)*. Espasa Calpe, S. A., 1958.
- Humbert, J. — *Mitología Griega y Romana*. Ed. Gustavo Gili, S. A. 1969.
- Lukacs, G. — *Teoría de la Novela*. Edhasa, 1971.
- Machado de Sousa, M. L. — «A different hero for the Gothic novel». En *Héroe y Antihéroe...*, pp. 3-20.
- Martín, M. C. — «La visión del héroe en *The Lord of the Rings* de J. R. R. Tolkien». En *Héroe y Antihéroe...*, pp. 219-226.
- Miles, D. H. — «Portrait of the Marxist as a young Hegelian: Lukacs Theory of the Novel». *PMLA*, 94/1 (1979) pp. 22-35.

- Onega, S. — «Un prototipo de antihéroe isabelino: los españoles de la segunda mitad del siglo XVI». En *Héroe y Antihéroe...*, pp. 249-262.
- Real Academia. — *Diccionario de la Lengua Española*. Espasa Calpe, S. A., 19.<sup>a</sup> ed., 1970.
- Rodríguez, L. F. — «The Artist as Antihero: A. Burgess's *The Clockwork Testament*». En *Héroe y Antihéroe*, pp. 300-307.
- Savater, F. — *La Tarea del Héroe*. Taurus Ediciones, 1982.
- Varios. — *Héroe y Antihéroe en la Literatura Inglesa*. Editorial Alhambra, 1983.
- Villegas, J. — *La Estructura Mítica del Héroe en la Novela del Siglo XX*. Editorial Planeta, 1978.
- West, M. — «Spenser and the Renaissance Ideal of Christian Heroism». *PMLA*, 88 (1973), pp. 1.013-1.032.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ ESCRIBANO  
Universidad de Oviedo